

La lucha de un grupo de enfermeras contra Franco y Hitler

LAS MAMÁS BELGAS

SVEN
TUYTENS



DOSSIER DE PRENSA

El relato de las enfermeras internacionales de Ontinyent

Sven Tuytens, corresponsal de la radio y televisión pública belga que vive en España desde hace ocho años, publica su primer libro en castellano, fruto de la investigación sobre una curiosa fotografía guardada en una caja de zapatos. La imagen muestra a once mujeres el Primero de Mayo de 1937 en la Plaza de Cataluña (Barcelona). Era su primer día en España. Y es el primer capítulo de *Las mamás belgas*, con salida prevista en toda España el 25 de febrero en El Mono Libre Editorial.

Todas las mujeres que refleja la fotografía eran de origen judío, comunistas y habían salido de Amberes con el propósito de combatir el fascismo. Tras su paso por Barcelona ese Primero de Mayo, viajaron en tren a Onteniente con paradas que les permitieron ver el ambiente alegre de Albacete, base de las Brigadas Internacionales.

Las 21 voluntarias –se sumaron otras mujeres que no aparecen en la fotografía de Barcelona– trabajaron como enfermeras atendiendo heridos de guerra en el hospital Militar Republicando de Onteniente financiado con fondos de sindicatos belgas y de la Internacional Socialista. Se trata de un edificio que sigue en pie como colegio religioso aunque casi nada en su interior revela que fue

hospital de guerra y de los más avanzados de la época. Llegó a ocuparse de 800 heridos. El autor ha encontrado las huellas del hospital camufladas entre los libros de la biblioteca y en la reja de lo que fuera un convento.

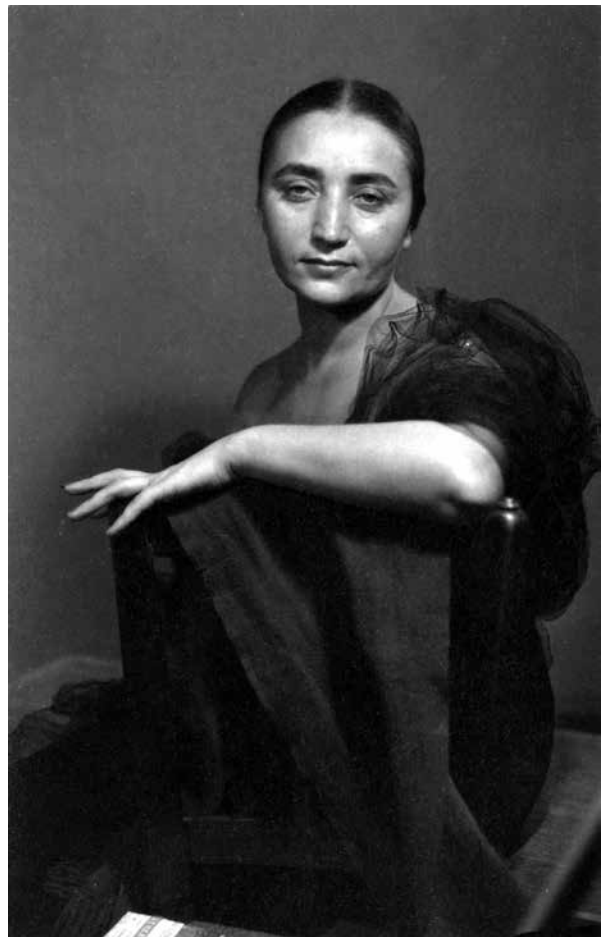
Las “Mamás belgas” transformaron no sólo el hospital sino también las costumbres de la ciudad. Una enfermera española que tenía entonces quince años y hoy 97, Rosariet, y a quien las belgas llamaban “La Peque”, ha contado a Sven Tuytens, su recuerdo de aquellas valientes que tomaron la decisión de jugarse la vida por sus convicciones. Entre los pliegues de su memoria destaca la personalidad de Vera Luftig, que vino a luchar con dos hermanas, Rachel y Golda, también protagonistas del relato y con sus maridos y novios, brigadistas internacionales.

La mayoría de ellas se reunían desde antes de la guerra en España en un local marxista de Amberes. Su fuerte compromiso político las llevó ya desde el año 1934 a atender a refugiados políticos que huían principalmente de la Alemania nazi. En aquellos años el enfrentamiento en el campo de batalla con el fascismo parecía inevitable, cosa que la guerra en España vino a confirmar. Y ellas querían estar en primera línea del frente.



Mujer culta, elegante, atractiva y bien relacionada, Vera se enteró de que la Internacional Obrera y Socialista (IOS) y los sindicatos belgas habían impulsado la creación de un hospital militar internacional en Onteniente, transformando el monasterio de los Franciscanos —y actual colegio de la Concepción—. Precisamente ella organizó el viaje a España.

Los primeros días en el hospital de Onteniente, en mayo de 1937, apenas llegaban heridos de guerra por la lejana ubicación del hospital pero después tuvieron que atender a los heridos del frente de Teruel, cuando quedaron impresionadas con las heridas por congelación. La guerra se recrudecía y atendían a población civil que había sufrido bombardeos indiscriminados de la aviación fascista. Poco antes de su salida de España atendieron a muchos de los más de 200 heridos en el bombardeo de Játiva, más conocido como el Guernica valenciano, donde murieron 129 personas. Dos de las mamás belgas se habían trasladado antes del bombardeo al hospital de Villanueva de la Jara (Cuenca).



Derrotada la República tuvieron que escapar hacia Argelia antes de regresar a Bélgica. No les esperaba allí un destino mucho mejor. En 1940, sería ocupada por los nazis y una nueva guerra llegaba a sus vidas. Muchas de ellas se truncarían en violentas persecuciones o en campos de concentración. De quienes sobrevivieron, fueron mayoría las que combatieron hasta el final al fascismo en la Resistencia e incluso con la lucha armada. Vera Luftig, que había perdido a su marido, brigadista, en la batalla de Madrid, siguió luchando en la Resistencia y entró en una red de espionaje soviética llamada la Orquesta Roja. El relato recorre sus pasos y nos acerca a la personalidad de esta mujer que tuvo que ocultarse con varios nombres falsos como también hicieron otras de sus compañeras para sobrevivir.

Sven Tuytens ha querido dar voz a estas heroínas anónimas, rescatarlas de la memoria silenciosa, porque “cuando se habla de las Brigadas Internacionales suele hablarse de la guerra y de la muerte de los hombres, pero no de las mujeres”. Y ha escrito el libro a partir de testimonios de las enfermeras, que dejaron en forma de cartas o diarios y también de entrevistas a las supervivientes y testigos de la época en que estuvieron en Onteniente; así como encuentros con sus hijos. El autor ha tenido acceso a fotografías inéditas y a documentos desconocidos hasta la fecha y ha entrado en archivos internacionales para recuperar la memoria de estas 21 vidas solidarias cuya memoria nos devuelve con este libro.

LAS MAMÁS BELGAS

Estos son sus nombres:

Vera, Golda y Rachela Luftig, Lya Berger, Henia Hass, Rachel Wacsman, Hilda Wajnsztejn, Rajza Goldfinger, Genia Gross, Lucy Blitzer, Frieda Buchhalter, Lily Friedman, Olga Harmat, Gutka Kinzclewska, Anna y Adela Korn, Rosa Leibovic, Marie Mehrel, Stunea Osnos, Rachel Oulianetsky y Cyla Vospe.

FRAGMENTOS

Se incluyen cuatro fragmentos de los capítulos 3, 9, 14 y 18 de Las mamás belgas. En el primero, Rosariet “La Peque”, el autor describe su llegada a Ontinyent y su encuentro con Rosariet. El capítulo 3 recupera el testimonio de Jo Bovenkerk, una de las enfermeras, en su primer viaje en tren por España. El capítulo 14 recoge el testimonio de Jenny Schaddelee sobre los espías y el sabotaje. Y el capítulo 18 muestra el impacto de Vera Luftig en el grupo de enfermeras y en Onteniente.

Capítulo 3

ROSARIET. “LA PEQUE

Tras mi encuentro con Rudi en Bruselas, regresé a España y me puse a buscar en seguida Onteniente en el mapa, pues quería saber si todavía quedaban testigos en el lugar en el que habían estado trabajando las voluntarias durante la Guerra Civil y se imponía un viaje a la provincia de Valencia. Antes, consultando informes sobre las reuniones del Partido Socialista Belga, ya había encontrado el nombre de la ciudad en el Archivo de los Movimientos Sociales en Bélgica, (Amsab). Así llegué a Onteniente, aunque muchos valencianos prefieran usar el nombre de Ontinyent. Al igual que en Cataluña, los nacionalistas han ido ganando terreno durante los últimos años y se sienten muy europeos y poco españoles. Gracias a Ernesto Viñas, un buen amigo muy interesado también en la Guerra Civil, conseguí el número de teléfono de Joan Torró Martínez, sociólogo y trabajador social del Ayuntamiento e investigador de la historia local, un «ontenientí» nacido y criado allí. También él siente una atracción especial por la Guerra Civil, ya que su madre fue miliciana anarquista —algo de lo que estaba muy orgulloso— y tuvo mucha suerte de que en 1939 no la llevaran ante un pelotón de fusilamiento. Cuando le llamé y le conté que estaba investigando sobre las enfermeras que habían estado trabajando en el hospital militar conocido como «El Belga», me dijo que todavía existía el convento donde se había instalado el hospital. Le pregunté con pocas esperanzas si todavía vivía alguna de las enfermeras españolas que trabajaron allí, porque la mayoría habría sobrepasado ya la barrera de los cien años, y para mi sorpresa me respondió que una última enfermera seguía viva todavía. Me dijo que se llamaba Rosariet y, aunque había cumplido noventa y dos años, se encontraba en plena forma y vivía en Onteniente. Tras esa excelente noticia, llamé a Koke, un joven cámara free lance con el que solía preparar reportajes para la televisión flamenca, y le hablé de las enfermeras belgas, de Onteniente y de Rosariet, mencionando también, como quien no quiere la cosa, que allí se comía la mejor paella valenciana. Una semana más tarde, estábamos de camino a Onteniente con un documental en marcha. Antes de partir, imprimí —de nuevo en formato A4— la foto de grupo en Barcelona. Salí sin sospechar todavía que iba a disfrutar de la estupenda memoria de María Rosario Llin Belda, alias Rosariet.

Rosariet vivía con su sobrina en un enorme chalé blanco con un jardín lleno de grandes palmeras. En otro tiempo, había habido viñedos que llegaban hasta el convento, por donde las voluntarias belgas posiblemente habrían dado de vez en cuando un paseo tras realizar sus tareas diarias. Nuestra visita fue todo un acontecimiento para Rosariet, que seguía con atención todos nuestros movimientos mientras pinchábamos un micrófono y corríamos un poco los sillones y la mesa del salón para crear un bonito escenario. Había ido a la peluquería y llevaba una blusa color salmón perfectamente planchada, además de zapatos relucientes.

Capítulo 9

MUJERES SOLDADO

La primera imagen que me surge ahora es la de un paisaje español soleado lleno de amapolas, aunque nuestra atención estaba más pendiente de los viajeros que iban con nosotras. El tren estaba abarrotado, pero nos hicieron sitio. Me refiero a que había hombres y mujeres con cestas de verduras y frutas, además de niños sentados en el suelo pese a que la gente escupía allí sin más.

Aun así, la mayoría de pasajeros eran milicianos. Ninguna de nosotras hablaba una palabra de español, de manera que empezamos a aprender. Nos señalábamos la nariz, las orejas y repetíamos las palabras. Aprendimos a contar. Con nuestros pequeños diccionarios Lilliput intentábamos que nos entendieran y comprender lo que nos decían.

Había una brigadista suiza que estaba muy decepcionada por que hubieran retirado de los frentes a las mujeres y a los niños. Al principio de la guerra les habían permitido estar. Había una canción que así lo atestiguaba: «Mujeres al frente, niños al fusil».

Tantos hombres jóvenes alegres y entusiastas, tantos idiomas, saludos, canciones, altavoces en la plaza con los boletines informativos y la incertidumbre ante lo que pudiera ocurrir, el hecho de que viniera gente de todo el mundo a arriesgar su vida para combatir el fascismo... Si de una cosa no dudábamos, era de que ganaríamos esa guerra.

Capítulo 14

ESPÍAS Y SABOTAJE

Algunos iban muy lejos en su afán de apartarlos de la lucha y así fue como al soldado belga Armand Frères le salvaron en el último momento de un terrible método de sabotaje:

En la Cuesta de la Reina, al norte de Aranjuez, me pegaron un balazo en la rodilla y me llevaron al hospital de Tarancón. Antes de que me metieran al quirófano, una enfermera me susurró al oído: «El hombre que va a operarte es un fascista. No debes tener miedo si te dice que hay que amputar la pierna: cuenta con nosotros». Y sin más explicaciones me llevaron dentro. Imagínate cómo me sentía. Y, en efecto, entró un cirujano y, sin mirarme tan siquiera la pierna, dijo: «Prepárale para una amputación». La puerta se abrió, entraron dos agentes y: ¡bang!, ¡abatieron al doctor allí mismo de un tiro! Me explicaron que ese hombre ya había realizado innumerables amputaciones innecesarias a soldados heridos que caían en sus manos. El

día anterior se habían percatado, sin lugar a dudas, de sus prácticas delictivas. Tuve suerte, porque si me hubieran herido un día antes, ahora sería un inválido. —Dadme rápido un trago— fue todo lo que fui capaz de decir.

La enfermera holandesa Jenny Schaddelee, que al igual que su compatriota Trudel de Vries había dejado «El Belga» para irse a trabajar al pequeño «Hospital Holandés» de Villanueva de la Jara, conoció otra terrible forma de sabotaje:

Acabábamos de llegar a Villanueva de la Jara cuando aprendí que el fascismo degradante no se arredra ante ningún crimen por grande que sea. Repetidas veces nos quedábamos sin alumbrado eléctrico y se estropeaba la conducción de aguas del hospital. ¡Pronto estuvo claro que se trataba de sabotajes deliberados! Pusimos al corriente a las autoridades, lo que llevó a comenzar una concienzuda investigación en la que resultó que el alcalde y el médico del pueblo eran los fascistas que organizaron los sabotajes. Cuando nos enteramos de que el doctor también formaba parte del complot, sentí una sensación de repugnancia. ¿Cómo puede alguien caer tan bajo...?

Capítulo 18

EL CEMENTERIO DE CARTAS

La horrible visión de los muchos soldados muertos y heridos reforzó a Vera en su determinación de continuar con la lucha. El 3 de diciembre de 1937 había visto cómo Cecilio, el hijo pequeño de un campesino español de apenas veintidós años, perdía su lucha contra la muerte. Era oriundo de Alía, cerca de Cáceres, y su muerte debió de afectarla mucho. Días después vertía sus sentimientos en forma de carta, que mandó a *Het Vlaamsche Volk*, el periódico del Partido Comunista Flamenco, que la publicó el 25 de diciembre de 1937:

Desde que he comprendido lo que significa la lucha de clases, las cuestiones sociales y políticas, soy antifascista. Desde que la guerra azota España [...] he aprendido a combatir aún mejor el fascismo. También sé que una bala fascista italiana le arrebató la vida a mi amadísimo esposo. ¡Razón suficiente para odiar el fascismo! Pero hasta esta guardia nocturna no he visto ni sentido cara a cara lo que hacen los fascistas.

Durante mi investigación, salió a relucir de manera inesperada la historia de Vera y el joven soldado. En junio de 2016, Benjamín Bono, un español residente en Flandes, me contó una historia que se le había quedado grabada para siempre en la memoria. Su familia provenía de la comarca de Onteniente y en 1970 fue a visitar a sus padres, que vivían en un pueblo cercano. Un día, mientras paseaban por el centro histórico de Onteniente, mientras su esposa belga y él hablaban, una anciana del lugar, intrigada por la conversación que mantenían ambos en un idioma extraño, se dirigió a ellos, ya que los turistas extranjeros eran y siguen siendo poco corrientes en la ciudad. La mujer les preguntó de dónde venían y, cuando oyó que la pareja venía de Bélgica, les preguntó si los había enviado Vera. Benjamín respondió que él no conocía a ninguna Vera, pero la mujer insistió: «Vera era belga, así que seguro que tenéis que conocerla». Contó cómo aquella enfermera había estado luchando por la vida de su hijo herido, que había muerto en sus brazos. Al regresar a Bélgica, Benjamín comprobó que durante la guerra civil española unas voluntarias belgas estuvieron trabajando en un hospital militar de Onteniente.

EL AUTOR



SVEN TUYTENS

Desde el 2010 es el corresponsal en España de la radio televisión pública belga (VRT). Tiene una larga experiencia como periodista, director y realizador de programas de televisión, documentales, contenidos para programas educativos y series documentales de divulgación histórico y social.

Ha sido director y presentador de un programa cultural durante siete años en la televisión pública de la región de Bruselas. Es autor de varios libros en neerlandés, entre los que destaca, la biografía del Brigadista Internacional Belga, *Piet Akkerman*; un monográfico sobre *Las brigadas internacionales en la batalla de Brunete* y *Las mamás belgas*.

En 2016 presentó su documental *Las mamás belgas*, reconocido con Premio de Mejor Documental en la Mostra Internacional de Cinema Documental de Montaverner.

<https://lasmamasbelgas.com/>

RESEÑAS A LA EDICIÓN BELGA

Este libro es un merecido homenaje a mujeres luchadoras, que defendieron la igualdad de derechos y la justicia social en momentos en los que reivindicarlos no era tan evidente.

Lode Vanoost – De Wereld Vandaag (Periódico belga)

Tuytens ha escrito una historia fascinante con una redacción muy directa y amena. Con “Las mamás belgas” ha logrado crear un monumento escrito para todas aquellas mujeres valientes que participaron en la Guerra Civil española.

Annabel Jung – War Books (Holanda)

La edición española de *Las mamás belgas* incluye nuevos capítulos añadidos por el autor, que continuó la investigación tras la publicación de la edición belga (Lannoo, 2017).

LAS MAMÁS BELGAS

SVEN TYTENS



El Mono Libre Editorial
www.elmonolibre.es

Título: Las mamás belgas
Autor: Sven Tytens
1ª edición: Febrero 2019

288 páginas
15 x 24 cm.
Rústica con solapas
ISBN: 978-84-949927-0-4